

LA VISIBILIDAD DE LO PÚBLICO. VISIBILIDAD Y PERSPECTIVA POLÍTICA DE LA ESFERA PÚBLICA VIRTUAL

Mariano Darío Vazquez

Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

El siguiente ensayo se estructura a partir de dos ejes sobre los cuales se ordena su desarrollo. Uno de ellos apunta a trabajar la forma en que se concibe lo público –y por ende lo privado– en la esfera pública virtual, y el segundo pretende indagar en la perspectiva política que subyace a dicha esfera. Con este fin se presenta brevemente el modelo de la esfera pública virtual y se abordan conceptos como la visibilidad mediática, política y desacuerdo.

Palabras clave: Internet, política, tecnologías de la información y la comunicación, esfera pública

En el artículo “Primeras aproximaciones a la esfera pública virtual” trabajo sobre algunos conceptos que dialogan, no sin tensiones, con el modelo habermasiano de esfera pública y que considero centrales para la comprensión del modelo esfera pública virtual (EPV). Entre ellos, se puede destacar la existencia de múltiples esferas de distintas dimensiones que ponen en juego un conjunto de núcleos conflictuales no restringido a lo estatal; el rol del desacuerdo como estructurante de la EPV; el valor de uso tanto de las noticias como de la información y su confrontación con la mercantilización; y el reconocimiento de que, en la EPV, los actores no se presentan en relación de igualdad, sino que la asimetría es lo que define tanto posiciones como tomas de posición. El objetivo de este artículo es indagar en dos aspectos de la EPV: la visibilidad mediática y la perspectiva política.

Visibilidad mediática

Para Alejandro Rost (2011), Facebook y Twitter operan como una caja de resonancia de los acontecimientos. Esta imagen de la caja de resonancia funciona en varios sentidos, nuestra intención es rescatar al menos dos: el primero es aquel que nos permite leer las redes sociales como una extensión de los medios masivos; el segundo remite a aquellos acontecimientos que no surgen inicialmente en los medios de comunicación tradicionales pero que ocupan un espacio en la agenda pública a través de la difusión que los usuarios de las denominadas redes sociales *online* realizan.

Este ensayo no está motivado por la elaboración de una tipología sobre la construcción mediática de los acontecimientos, sino por indagar la forma en que dos concepciones de lo público se mixturán en el modelo

de la EPV. En este sentido, sostengo que la EPV es el resultado, contingente y precario, de las transformaciones que la visibilidad de lo público ha ido sufriendo y la relación que ha mantenido con los distintos desarrollos de las tecnologías de la comunicación a lo largo de la historia.

Las distinciones entre lo público y lo privado pueden agruparse en dos grandes acepciones, que no son las únicas, pero sí las más aceptadas. La primera de ellas reconoce en *lo público* las actividades o la autoridad relacionada con el Estado, mientras que *lo privado* refiere a aquellas actividades, personas o esferas de la vida separadas del Estado. En esta distinción, según afirma Thompson (1998), aparecen el Estado y la Sociedad Civil respectivamente, siendo esta última interpretada como una esfera de individuos privados, organizaciones y clases reguladas por la ley civil. La segunda distinción reconoce que lo público está abierto, es visible y se expone para ser visto u oído. Por oposición, lo privado queda oculto a la mirada de todos, es secreto y está restringido el acceso a su conocimiento. En este último sentido se oponen "*lo público versus lo privado, con la apertura versus el secretismo, con la visibilidad versus la invisibilidad*" (Thompson, 1998: 166 – cursivas del autor).

En la asamblea de las ciudades-estado de Grecia la visibilidad de lo público remite a lo abierto a todos y se conjuga con el ámbito de discusión y toma de decisiones sobre temas concernientes al Estado. Esta mixtura entre ambas concepciones se interrumpe en la Edad Media donde hay una separación entre la privacidad de los procesos de la toma de decisión y la exaltación pública del poder donde la visibilidad estaba planificada como reafirmación del poder en ceremonias esplendorosas.

Lejos del secretismo de la Edad Media con el surgimiento del Estado moderno fueron apareciendo "instituciones más abiertas y con mayor representatividad; las decisiones y asuntos políticos importantes estaban sujetos al debate dentro de los cuerpos parlamentarios, y se concedían ciertos derechos básicos a los ciudadanos" (Thompson, 1998: 168).

Sin embargo, la visibilidad de lo público, entendido como lo abierto a todos y concerniente al Estado cambia. Así, "con el desarrollo de los medios de comunicación –que comenzó con la imprenta a principios de la modernidad europea y continuó con los medios electrónicos en los siglos XIX, XX y XXI– la visibilidad se libera de las propiedades espaciales y temporales del aquí y el ahora. La visibilidad de los individuos, actos y eventos, es separada del escenario común compartido: eso es lo que llamo visibilidad mediática" (Thompson, 2011: 23). Es en la visibilidad mediática donde podemos encontrar uno de los conceptos centrales de la esfera pública virtual, pero no el único ni el más importante.

Asimismo hay dos conceptos de John B. Thompson que evidencian el vínculo que la EPV tiene con la esfera pública burguesa habermasiana. El primero de ellos es el de *experiencia mediática*: "nuestra percepción de que el mundo existe más allá de la esfera de nuestra experiencia personal, y de que la percepción de nuestro lugar en este mundo está cada vez más mediatizada por las formas simbólicas" (Thompson, 1998: 56). El segundo es el de *simultaneidad desespacializada*, donde la experiencia de aquello que era compartido en el mismo tiempo y espacio, perdió su condición espacial, o al menos se

transformó para dar lugar a una simultaneidad de no presencia física.

Ambos conceptos ponen a jugar dos características de la esfera pública virtual, por un lado, la experiencia mediática, en la que los acontecimientos son vividos a través de un conglomerado de medios y de soportes (radiales, televisivos, gráficos, digitales, multimediales) que en cierto sentido trastocan la experiencia; y por el otro lado, la simultaneidad desespacializada donde la instantaneidad es cada vez más global y la prisa, un factor más del valor de cambio.

Otro indicio de cómo se relacionan estos conceptos con la esfera pública virtual puede encontrarse en la afirmación de Hannah Arendt sobre la apariencia en el mundo: “la presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura la realidad del mundo y de nosotros” (Arendt, 2005: 60). En este sentido, la visibilidad mediática puede ser vista como la condición de posibilidad de un terreno fértil para participar en las luchas que se llevan a cabo en la vida cotidiana y que “crean nuevas formas de acción e interacción que tienen sus propias características distintivas” (Thompson: 2005: 13).

Acorde a lo antedicho podemos esbozar una primera afirmación: en la EPV confluyen dos modos de conceptualizar lo público –y por ende lo privado–, por un lado, aquello que se encuentra visible y abierto a todos; y por el otro, aquello que remite a cuestiones referidas al Estado.

Nueva territorialidad

No resulta novedoso afirmar, después de las movilizaciones en Seattle del año 1999 en contra de la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y la llamada “revolución twitter” (1), que Internet presenta un nuevo campo para la lucha de los movimientos sociales mundiales, que es “otro ámbito desde donde dar batalla y proponer un espacio contrahegemónico, un lugar desde donde quebrar el bloqueo informativo y distorsionante de los grandes medios de comunicación...” (Lago Martínez, Marotias, Movia, 2006: 64).

Esta nueva territorialidad, creemos, es el resultado de la amalgama de las dimensiones *online* y *offline*, pero esta amalgama no es una estructura rígida, sino que se destaca por su flexibilidad, y como resultado de esta flexibilidad, emerge el entrelazamiento de “las acciones y producciones del ciberespacio con las desarrolladas en el territorio físico” (Lago Martínez, 2012: 128). Por lo tanto, fruto de la imbricación social de esas dimensiones emerge un espacio de indeterminación que condensa performativamente la EPV.

Ahora bien, si aceptamos que los ámbitos *online/offline* están conectados de maneras complejas más allá de la máquina y que el espacio donde “ocurren las interacciones virtuales se produce socialmente y, a la vez, se nutre de una tecnología cuya base también es social” (Hine, 2004: 53) debemos comprender que este espacio no es el saldo de una diferencia entre lo real y lo virtual, sino que su heterogeneidad demanda explorar ambos espacios y sus conexiones.

Rosalía Winocur propone que la operación física y emocional de conectarse no se da en la máquina, sino en el sujeto y esto no niega la mediación del soporte tecnológico, sino que hace hincapié “en el lugar donde esta mediación adquiere realidad y sentido para el sujeto, que no es en el artefacto totémico de la

computadora, sino en el ritual cotidiano que recrea su carácter fundacional” (Winocur, 2011: 171). Es en este ritual cotidiano donde lo privado se vuelve público y el interés por lo público invade el ámbito privado; donde los artefactos tecnológicos configuran un conjunto de posibilidades prácticas y también las prácticas configuran, reconfiguran y deforman el conjunto de posibilidades tecnológicas. En este ritual íntimo y público, novedoso y desconocido, emerge un terreno que no es la distinción lisa y llana entre lo real y lo virtual, sino donde se extiende el terreno histórico, precario y contingente de los artefactos tecnológicos. En otras palabras podemos afirmar que la conexión, como proceso social, se concreta en el sujeto y evidencia un terreno difuso y heterogéneo donde las prácticas y su contexto (el ámbito *offline*) tiene un correlato en los espacios sociales que emergen (el ámbito *online*).

Si esta nueva territorialidad es una amalgama flexible de los espacios *online/offline* deberíamos preguntarnos ¿qué lugar ocupa la EPV en esta nueva territorialidad? Y, por ende, ¿cómo es la espacialidad en la EPV?

Por lo tanto, partimos de una afirmación que nos permitirá establecer, al menos en un primer momento, suelo firme donde anclar nuestras reflexiones. Para Christine Hine, “La Web sí tiene una forma espacial, definida por la conectividad y no por la distancia” (2004: 131). Entonces, si pensamos que la EPV se materializa en la Web, y que el desacuerdo es un elemento estructurante de la EPV (Vazquez, 2013) nuestra primera pregunta debería apuntar a establecer cómo se vinculan desacuerdo y conectividad. Y, a su vez, cómo estructuran a la EPV.

Algunas de las características que enunciaremos pueden ser identificadas tanto en Internet como en la Web y en la EPV, sin embargo, nos limitaremos a hablar de la espacialidad en la EPV como el resultado de una ruptura espacio-temporal posibilitada por la presencia de dispositivos técnicos donde emerge un terreno fértil para “la mutua interdependencia y la coherencia compartida de las prácticas situadas, interpretaciones y relatos” (Hine, 2004: 129).

En este marco, el desacuerdo, elemento estructurante de la EPV, se combina con la conectividad para romper los límites de la copresencia física y posibilitar la multiplicidad de órdenes espaciales y temporales, de sincronía y asincronía, de lejanía y proximidad que, en constante fluctuación, se hacen presentes en la EPV. El *espacio de flujos* y el pasaje del estudio del espacio a la conexión y el *tiempo atemporal* que presenta un quiebre con los ciclos y las secuencias clásicas están dando forma a un *collage de imágenes* de diversas temporalidades y localizaciones en el que el desacuerdo funciona como aglutinante. “Las localidades se desprenden de su significado cultural, histórico y geográfico, y se reintegran en redes funcionales o en *collages* de imágenes, provocando un espacio de flujos que sustituye el espacio de lugares. El tiempo se borra en el nuevo sistema de comunicación, cuando pasado, presente y futuro pueden reprogramarse para interactuar en el mismo mensaje. El espacio de los flujos y el tiempo atemporal son los cimientos de una nueva cultura...” (Castells, 1999: 405).

La perspectiva política en Internet y la sombra de la videopolítica

El objetivo de este apartado puede sintetizarse en la siguiente pregunta: ¿Es la fascinación tecnológica una trama discursiva que oblitera la mirada crítica respecto de Internet así como lo fue sobre la videopolítica?

Herminio Iglesias quemó un ataúd de la UCR, y la televisión lo transmitió. Esa transmisión fue, para Oscar Landi, el momento fundacional del vínculo entre la televisión y la política en la Argentina (Landi, 1991), transmisión donde la televisión encontró una nueva oportunidad de hegemonizar la palabra y la escena política. En el mismo sentido, el autor reconoce la colonización de la política por la imagen y la subordinación de muchas de sus reglas a la lógica del espectáculo. La videopolítica llegó para quedarse, pero no para reemplazar a la radio y los diarios, sino para complementarlos. Con el mismo tono, Landi recupera a Giovanni Sartori (1998), su noción de videopoder y la primacía de la cultura audiovisual.

A pesar de que Beatriz Sarlo criticó duramente a Oscar Landi y lo acusó de perder la distancia intelectual y moral de la crítica (Sarlo, 1992), unos años después Sarlo vuelve sobre la televisión y la videopolítica y reconoce el poder hegemónico de la primera para con el registro de la verdad: “La televisión hace circular todo lo que puede convertirse en tema: desde las costumbres sexuales a la política. Y también reduce al polvo del olvido los temas que ella no toca: desde las costumbres sexuales a la política” (Sarlo, 2006: 87) y destaca el juego de espejos donde la televisión se presenta como espacio mítico y cercano al mismo tiempo. Esta posición le permite a la televisión crear un telespectador promedio al que Sarlo llama Doña Rosa, para el cual, la única política posible es la política atravesada y solventada en los medios masivos a la que los funcionarios políticos deben prestarse y que busca reemplazar la discusión parlamentaria por la mesa de café mediada por periodistas (2) (Sarlo, 2006). En un sentido similar, Verón asegura que la enunciación política sin mediación es frágil (Verón, 1994) donde la ausencia de periodistas que ejerzan de intérpretes e interlocutores debilita el acto performativo.

La televisión no solo transforma la manera de hacer política, sino que también es “el escenario principal del conflicto político” (Landi, 1991), aunque no es un escenario neutral sino que opera como un actor que garantiza la estabilidad y permanencia de ciertos personajes dentro de la escena. Al igual que Landi, Eliseo Verón habla de *democracia audiovisual*: “la pantalla chica se convierte en el sitio por excelencia de producción de acontecimientos que conciernen a la maquinaria estatal, a su administración, y muy especialmente a uno de los mecanismos básicos del funcionamiento de la democracia: los procesos electorales, lugar en que se construye el vínculo entre el ciudadano y la ciudad” (Verón, 1994: 124).

Un paso más allá encontramos a Sartori que afirma que la televisión es omnipresente y la función lúdica y de entretenimiento, la formación de opinión y la lógica del espectáculo atraviesan toda la sociedad. “Así pues, el término video-política hace referencia solo a uno de los múltiples aspectos del poder del video: su incidencia en los procesos políticos, y con ello una radical transformación de cómo ‘ser políticos’ y de cómo ‘gestionar la política’” (Sartori, 1998:66). La fuerza de la imagen fractura la hegemonía que durante años tuvo la prensa escrita y frente a esta los telespectadores son pasivos. La constante, en el pensamiento de

Sartori, radica en la subordinación frente a la tecnología.

Canclini, por su parte, no pone en crisis el paradigma en el que la comunicación masiva –como imaginario tecnológico de la modernidad–, el consumo y la ciudadanía se fusionan en una sociedad globalizada y termina afirmando que vivimos “en un tiempo en el que las campañas electorales se trasladan de los mítines a la televisión, de las polémicas doctrinarias a la confrontación de imágenes y de la persuasión ideológica a las encuestas de marketing” (Canclini, 1995: 14). Entonces, no que queda más que aseverar que: “Desilusionados de las burocracias estatales, partidarias y sindicales, los públicos acuden a la radio y la televisión para lograr lo que las instituciones ciudadanas no proporcionan: servicios, justicia, reparaciones o simple atención. No se puede afirmar que los medios masivos con teléfono abierto, o que reciben a sus receptores en los estudios, sean más eficaces que los organismos públicos, pero fascinan porque escuchan [...] La escena televisiva es rápida y parece transparente; la escena institucional es lenta y sus formas son complicadas hasta la opacidad que engendra la desesperanza” (Canclini, 1995: 23).

En una perspectiva más mesurada está Pierre Bourdieu (1997) que reconoce que la televisión ejerce, entre otros, el monopolio de la información y una consecuente influencia en la formación de la opinión pública y que funciona como instrumento del mantenimiento del orden simbólico a través del efecto de realidad que suele imprimir con el uso de las imágenes. En este sentido, para Bourdieu, la televisión no es el escenario de la política, sino un actor cuyo accionar se hace presente en el cotidiano televisivo al punto de convertirse en “árbitro del acceso a la existencia social y política” (Bourdieu, 1997: 28).

En la transición que se puede establecer entre la restitución democrática en la Argentina y el desembarco del neoliberalismo en la década del noventa comienza a considerarse a la videopolítica como el lugar por excelencia de la política, donde lo público, para existir, debe pasar por los medios. Con la llegada del nuevo siglo, Internet emerge como la arena de lucha política y social que habilita múltiples discursos sobre lo público. No obstante, la legitimidad de los actores sigue estando fuertemente ligada a las instituciones, partidos políticos y empresas mediáticas.

Eliseo Verón afirma que Internet no es un medio de comunicación, sino un dispositivo técnico que generó nuevos fenómenos en la producción discursiva, el acceso a los discursos mediáticos y al espacio público y va camino a adquirir una dimensión política inédita (Verón, 2012). En otras palabras, “las tres dimensiones de la semiosis estaban ya integradas al proceso de la mediatización antes del surgimiento de la Red” (Verón, 2012b), sin embargo, para el autor, lo distintivo en Internet es el alcance (global) y la velocidad (instantaneidad), es decir, no el concepto sino el campo de aplicación.

En la medida en que Internet modifica la forma en que los discursos mediáticos circulan, interfiere en el modelo broadcasting ejecutado por los medios tradicionales y permite que miles de usuarios puedan expresarse sin necesidad de acudir a los medios tradicionales. No obstante, la relación que nos interesa poner en tensión es la que se establece entre la videopolítica y la perspectiva política de Internet, debido a que en ella predomina un discurso emancipatorio que encuentra en Internet –así como lo hizo con la

televisión– una nueva dimensión de la política.

"Como la comunicación constituye la esencia de la actividad humana, todas las áreas de la actividad humana están siendo modificadas por la intersticialidad de los usos de Internet. Una nueva estructura social, la sociedad red, se está estableciendo en todo el planeta, en formas diversas y con consecuencias bastante diferentes para la vida de las personas, según su historia, cultura e instituciones" (Castells, 2001: 305), en este sentido, "el ciberespacio se ha convertido en un ágora electrónica global donde la diversidad del descontento humano explota en una cacofonía de acentos" (Castells, 2001:160).

Afirmaciones como la de Castells ponen de manifiesto las dificultades para correrse y objetar la fascinación tecnológica donde predomina una visión instrumental que asegura que "los dispositivos técnicos son en sí mismos inertes: todo depende de lo que las sociedades, en definitiva, hacen con ellos" (Verón, 2012b: 15) y que termina operando en favor de un reduccionismo técnico que piensa a Internet –así como lo fue con la televisión– como parte de un desarrollo evolutivo y natural de la tecnología donde sus estudios se limitan a una simple caracterización instrumental.

Christian Ferrer reflexiona sobre este fenómeno y explica la forma en que este imaginario se expande: "Al comienzo, toda esfera técnica emergente se presenta a sí misma como un ilimitado ámbito de la libertad, especialmente para los entusiastas y para los empresarios emprendedores. [...] Internet se propone a sí misma, como un ámbito de libertad alternativo a la unidireccionalidad y a lo no interactivo. Las teleconferencias, los foros de debate, el correo electrónico son publicitados como una mejora de las tecnologías mediáticas acostumbradas, cuyas carencias intrínsecas serían al fin redimidas" (Ferrer, 2005: 81).

Pensar a la perspectiva política en Internet bajo la sombra de la videopolítica no se funda únicamente en las características técnicas de los dispositivos ni en el conjunto de prácticas que los usuarios llevan a cabo con (y frente a) ellas, sino en la mirada optimista en la que la tecnología es la promesa de un futuro mejor y la materialización de un presente ineludible en el que los artefactos, la tecnología y los medios se imbrican en un escalón superior del desarrollo.

En este sentido, para Daniel Cabrera, la comunicación y el desarrollo tienen una fuerte relación, siendo este último heredero de la idea moderna que asociaba técnica y progreso. El desarrollo recupera las nociones de avance y optimismo en la tecnología, pero en una dimensión más pragmática, referida a políticas económicas concretas llevadas a cabo por gobiernos e instituciones. Esta idea supone una dicotomía entre países y una naturalización del subdesarrollo originario, en donde los países subdesarrollados debían reproducir esquemas foráneos de desarrollo para alcanzar un estadio superior. "El paradigma de la comunicación sustituye al del progreso y el cambio social" (Cabrera, 2006: 139), y la comunicación es el contenido de la nueva utopía, su forma la tecnología e Internet su forma más acabada.

Un ejemplo claro de esto es el concepto de ágora al que se le adiciona el adjetivo *electrónico* y opera –en sí mismo– como sustento teórico necesario para poder definir el espacio discursivo y de disputa política que la

tecnología posibilita, pura instrumentalidad puesta al servicio de la democracia. Sobre el concepto de *ágora*, Castells realiza una adición mecánica en la que no se puede evidenciar que haya una historización o una genealogía de ese concepto. Asimismo, Landi y Verón insisten en la neutralidad de la tecnología, las cuales son concebidas como instrumentos que aglutinan en su funcionamiento, la pura posibilidad.

El desacuerdo, la mercancía y la política

Las noticias en la modernidad, en tanto productos simbólicos, son bienes de consumo que se compran y se venden en el mercado (Thompson, 1998). Desde nuestra perspectiva y como una de las premisas sobre las que se concibe la EPV, este patrón de ordenamiento continua vigente en el siglo XXI y, sin dejar de reconocer que la racionalidad económica y el valor de verdad que, en mayor o menor medida detentan los medios masivos, se hace presente una lógica de circulación, transferencia y difusión para las noticias distinta que contrapone dos lógicas. Es decir, la hegemonía de la noticia en tanto mercancía cuya finalidad es la generación de un valor de cambio (3) comienza a ceder frente a la lógica en la que se genera un creciente valor de uso de las noticias (4). En concordancia, también el sistema de valor de cambio que mercantiliza la información se enfrenta a la lógica en la que el valor de uso pone en jaque a la mercantilización informativa. “La información es un acontecimiento que reduce la incertidumbre del entorno, es actual, concreto y singular” (Rodríguez Giral, 2005: 277), en este marco se piensa a la información como un valor de uso que enriquece la polifonía de voces de la democracia y promueve un renovado interés por lo común.

No obstante, no pensamos a la EPV solo como un canal alternativo a los medios masivos, sino como un espacio de disputa política, una arena de lucha donde también los medios masivos van a sumergirse para seguir disputando la construcción de los acontecimientos, el posicionamiento de las figuras políticas y nuevos nichos para la obtención de rentabilidad. Así, “el ciberespacio constituye solo uno de los campos de acción, pues los grupos articulan este escenario virtual y un territorio geográfico (el barrio, la ciudad, la región) y con ello la acción directa: el piquete, la ocupación, los festivales, las muestras, las marchas, los actos políticos, etcétera” (Martínez Lago, 2012: 130).

Asimismo, reconocer a la EPV como una arena de lucha política implica asumir la inevitabilidad del conflicto como estructurante y se distancia de la concepción habermasiana en la que el conflicto es morigerado en una instancia dialógica consensual y racional que niega las pasiones políticas y “presentan el debate político como un campo específico de aplicación de la moralidad y piensan un consenso moral racional mediante la libre discusión” (Mouffe, 2007: 20). Por ende, se rechaza la idea de una esfera pública ordenada bajo las premisas de una interacción equitativa y racional, y se reconoce al conflicto como uno de los elementos constitutivos; conflicto que se materializa en la confrontación, en el desacuerdo (5), en el disenso y que se manifiesta en el interés por lo común y las disputas que atañen a lo público.

Si introducimos el desacuerdo como categoría central en la EPV, debemos referirnos entonces a la obra de

Jacques Rancière (1996) que plantea que el desacuerdo no es una discusión, ni una deliberación o un malentendido, sino una situación de habla en la que “la discusión sobre lo que quiere decir hablar constituye la racionalidad misma de la situación de habla” (Rancière, 1996: 9).

Siguiendo al autor argelino no podemos asegurar que haya un tipo particular de cuestiones que refieran al desacuerdo, pero coincidimos en que la condición general es que refieran a “la tarea de repartir las partes en común” (Rancière, 1996: 18). Por lo tanto, el orden establecido en una determinada sociedad adjudica las razones y las atribuciones de habla, es decir, quién puede hablar, pero no refiere solo el derecho de hacerlo, sino la capacidad.

Presentado el desacuerdo, quizás resulte importante dar cuenta de la concepción de política que se desprende del pensamiento de Rancière. La política aparece como la emergencia en la escena de aquellos que no tienen parte reclamando formar parte: “la política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de la parte de los que no tienen parte” (Rancière, 1996: 25). Sin embargo, reconocer esto no implica asumir que siempre hay política. Para el autor “hay política cuando la lógica supuestamente natural de la dominación es atravesada por el efecto de esa igualdad” (Rancière, 1996: 31). La puesta en común y el interés por lo común no habilita a la política sino porque “quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre estos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo: el mundo en que son y aquel en que no son, el mundo donde hay algo “entre” ellos y quienes no los conocen como seres parlantes y contabilizables y el mundo donde no hay nada (Rancière, 1996: 42).

En este marco, la política desplaza un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; “hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde solo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (Rancière, 1996: 45).

Esta conceptualización de la política como emergencia nos permite recuperar algunas apreciaciones sobre la política en la EPV, que se vinculan con algunos de los elementos que se han desarrollado brevemente en este artículo. Así podemos concebir la construcción política como un proceso que se “sostiene en la edificación de lazos colaborativos dentro y fuera de la red, en comunidades de significados (o marcos de interpretación) y de proyectos-trayectos como posibilidad de entrar en diálogos con otros y construir horizontes de sentido comunes, modificando el mundo en sus formas de convivencia, en las maneras de estar juntos, en la pluralidad y en la mixtura tecnologías y la afectación de los espacios *offline* y *online* como una manera de participar en diversas esferas públicas” (Rueda Ortiz, 2012: 113-114).

A su vez, estas prácticas políticas tienen una dimensión incidental muy fuerte, es decir: “Aparecen y se desintegran pasada la acción social, esto es, no se trata de un movimiento social que mantiene sus prácticas sociales antes, durante y después de una manifestación o movilización pública, sino de un nuevo “socius”, de una “multitud” que actúa movilizadora por afectos y que conforma una unidad parcial y de corta

duración y luego se difumina nuevamente en la sociedad” (Rueda Ortíz, 2012: 103).

Conclusiones provisionarias

En el comienzo de este ensayo se planteaban dos ejes sobre los cuales se iba a ordenar su desarrollo. Uno de ellos apuntaba a trabajar la forma en que se concibe lo público –y por ende lo privado– en la EPV. El segundo pretendía indagar en la perspectiva política que subyace a la EPV. Con este fin se incurrió en la búsqueda de trabajos de otros autores lo que nos obliga a una breve recapitulación y a un trabajo de cierre sin pretensiones de clausurar los debates, sino de dar forma a un terreno sólido y fértil donde anclarlos. Con este motivo hemos seleccionado esta cita para dar comienzo a estas conclusiones: “Nuestro presente social de referencia se está construyendo cada vez más a través de lo que contamos y compartimos en la Web [...]. Ahí conviven contenidos socialmente significativos con contenidos irrelevantes para muchos, pero quizás interesantes o incluso importantes para un grupo de individuos” (Rost, 2014: 202).

Este presente social construido en la Web se encuentra fuertemente vinculado con dos conceptos que presentamos en las primeras hojas de este ensayo y que son la experiencia mediática y la simultaneidad desespacializada, las cuales, articuladas, nos dan una primera pauta del funcionamiento de la EPV, donde los acontecimientos no solo son construidos discursiva y mediáticamente, sino también son vividos de manera mediatizada. La diferencia con los medios tradicionales y el broadcasting, aunque con sus matices, radica en que esta comunidad sin presencia visible comienza a aparecer, a tomar forma y una mayor inmediatez cuando confluyen lo colectivo y lo anónimo en esta puesta en común sin proximidad que se materializa en la EPV.

Pero no se puede afirmar esto sin poner sobre el tapete dos cuestiones centrales, primero, la importancia del proceso de conexión, que Winocur designa ritual y que habilita la inclusión de la doble dimensión analítica de Internet donde los ámbitos *online/offline* están conectados de maneras complejas más allá de la instancia instrumental y que como resultado emerge un espacio de indeterminación que condensa performativamente a la EPV, y que, más generalmente, designa una nueva territorialidad. El segundo busca alejarse de la sobredeterminación tecnológica que está presente en muchos de los argumentos de John B. Thompson donde se establece una relación lineal entre el desarrollo de los medios de comunicación y la consecuente liberación de las propiedades espaciales y temporales de la visibilidad de lo público (6).

La nueva territorialidad no designa un lugar físico o una interfaz en la Web, sino un espacio indeterminado que puede ser (re)construido a partir de la vinculación entre conectividad y desacuerdo, conectividad que se fundamenta teóricamente en conceptos como el espacio de flujos y el tiempo atemporal y que se ancla en espacios físicos y virtuales, y donde la conexión es su punto más rico. Por otra parte, el desacuerdo que, en tanto perspectiva política, rehúye de la racionalidad y el consenso, y se construye en la diferencia y el conflicto, es el aglutinante que contrarresta la dispersión y las dificultades analíticas que puede presentar el abordaje de los acontecimientos en la EPV.

Una diferencia notable entre la dimensión política de la televisión y de Internet puede encontrarse en que la primera está vinculada fuertemente a los partidos y los candidatos, e Internet incorpora el uso que pueden hacer de ellas los movimientos sociales y las ONG. Sin embargo, el peso relativo de la primera respecto a la segunda sigue siendo mucho mayor en términos institucionales.

A modo de cierre se podría aseverar que el discurso tecnofílico –aquel que, como se ha evidenciado, está presente tanto en las lecturas sobre la televisión como sobre Internet–, encuentra un gran sustento en la idea de desarrollo, la cual a su vez se nutre tanto del supuesto de la neutralidad de las tecnologías, en tanto meros instrumentos y, en el borramiento de actores que, de manera central, se benefician no solo con la institución de determinados imaginarios tecnológicos, sino con su accionar solapado como ejecutores objetivos o hacedores de la verdad.

Entre las ideas que se pueden esbozar en el cierre de este ensayo pensamos que la EPV no se restringe exclusivamente a un espacio físico dedicado al escrutinio y la difusión de los acontecimientos, ni tampoco a las plataformas que sostienen esos discursos sobre lo público, sino a un espacio que evidencia una ruptura espacio temporal posibilitada por las TIC y por la articulación, en clave de desacuerdo, más allá de relaciones interpersonales en espacios de copresencia, de discursos, imágenes, movilizaciones, difusión y organización del conflicto. Así, la visibilidad de lo público, en la EPV, tiene una dimensión política inédita porque desborda la primacía de las interfaces y los dispositivos sin negarlos, sino poniéndolos en un juego de reflejos y distorsiones, de articulación de discursos y prácticas de polémicas y consensos.

Por último podría plantearse la siguiente pregunta: “¿Cuál es la relación entre Internet como espacio social con la cobertura mediática y nuestra vida cotidiana, cómo se desarrolla esa conexión y cómo repercute en espacios como la esfera pública virtual?”

Notas

(1) Alejandro Rost, en su artículo “Periodismo y redes sociales: por qué y para qué”, da cuenta de un conjunto de sucesos en los que las redes sociales jugaron un rol importante en la articulación de los movimientos sociales como canales alternativos de información.

(2) Para Pierre Bourdieu (1997), la lógica televisiva está regida por el *fast thinking*, el cual solo permite la manifestación de ideas preconcebidas o tópicos delineados previamente, que pone de manifiesto aquello que solo interesa a los periodistas.

(3) “Se sabe que en el universo de las relaciones sociales productoras de mercancías, cuya finalidad básica es la creación de valores de cambio, el valor de uso de las cosas es minimizado, reducido, subsumido a su valor de cambio. Se mantiene solamente en cuanto condición necesaria, para la integración en el proceso de valorización del capital, del sistema productor de mercancías” (Antunes, 2003: 73).

(4) Es útil una aclaración, acaso un tanto evidente, pero no por eso menos necesaria: si bien se considera que todas las noticias pueden ser vistas como información, no toda la información es noticia.

(5) “Por desacuerdo se entenderá un tipo determinado de situación de habla: aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura

(Rancière, 1996: 8).

(6) En este sentido comprendemos a las tecnologías como ensamblajes sociotécnicos, es decir, concebimos a los procesos sociales y tecnológicos envueltos en una dinámica pendular en la que los distintos desarrollos tecnológicos son consecuencia de determinadas situaciones sociales y, a su vez, son esos cambios tecnológicos los que promueven cambios en lo social.

Bibliografía

- ANTUNES, Ricardo (2003), *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- ARENDRT, Hannah (2008), *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- BOURDIEU, Pierre (1997), *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama.
- CABRERA, Daniel (2006), *Lo tecnológico y lo imaginario*, Buenos Aires, Biblos.
- CASTELLS, Manuel (1999), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura VOL1*, México, Siglo XXI.
- CASTELLS, Manuel (2001), *La galaxia Internet*, Madrid, Areté.
- FERRER, Christian (2005), *Mal de ojo. El drama de la mirada*, Buenos Aires, Colihue.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- HINE, Christine (2004), *Etnografía Virtual*, Barcelona, Editorial UOC.
- LAGO MARTÍNEZ, Silvia; MAROTÍAS, Ana; MAROTÍAS, Laura y Guillermo MOVIA (2006), *Internet y lucha política*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- LAGO MARTÍNEZ, Silvia (2012), "Comunicación, arte y cultura en la era digital", en Silvia LAGO MARTÍNEZ (comp.), *Ciberespacio y resistencias. Exploración en la cultura digital*, Buenos Aires, Hekt Libros.
- LANDI, Oscar (1991), "Videopolítica y cultura", *Diálogos de la comunicación*, Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social, Felafacs, Lima, N.º 29, marzo, pp. 1-14.
- MOUFFE, Chantal (2007), *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- RANCIÈRE, Jacques (1996), *El desacuerdo. Filosofía y política*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- RODRÍGUEZ GILRAT, Israel (2005), "Las TIC y el hecho comunicativo", en Adriana GIL JUÁREZ (coord.), *Tecnologías sociales de la comunicación*, Barcelona, Editorial UOC.
- ROST, Alejandro (2011), "A 140 y capota baja", en Periodismo Digital: convergencia, redes y móviles, 4.º Foro de Periodismo Internacional de Periodismo Digital de Rosario, Universidad Nacional de Rosario, pp. 99-107.
- ROST, Alejandro (2014), "Periodismo y redes sociales: por qué y para qué", en Marta Pilar BIANCHI y Luis Ricardo SANDOVAL, *Habitar la red: comunicación, cultura y educación en entornos tecnológicos enriquecidos*, Comodoro Rivadavia, Universidad de la Patagonia, EDUPA.

- RUEDA ORTÍZ, Rocío (2012), "Ciberciudadanía, multitud y resistencias", en Silvia LAGO MARTÍNEZ (comp), *Ciberespacio y resistencias. Exploración en la cultura digital*, Buenos Aires, Hekt Libros.
- SARLO, Beatriz (1992), "La teoría como chatarra. Tesis de Oscar Landi sobre la televisión", *Punto de vista*, n.º 44, noviembre, pp. 12-18.
- SARLO, Beatriz (2006), "El sueño insomne", en *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Seix Barral.
- SARTORI, Giovanni (1998), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus.
- THOMPSON, John B. (1998), *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- THOMPSON, John B. (2005), "La nueva visibilidad", *Papers: Revista de Sociología* N.º 78, University of Cambridge, pp. 11-29.
- THOMPSON, John B. (2011). "Los límites cambiantes de la vida pública y la privada", en *Comunicación y Sociedad, Nueva época*, núm. 15, enero-junio, Universidad de Guadalajara, pp. 11-42.
- VERÓN, Eliseo (1994), "Interfaces. Sobre la democracia audiovisual evolucionada", en Jean-Marc, FERRY, *El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa.
- VERÓN, Eliseo (2012), "Va Fanculo!", *Diario Perfil*, 5 de junio de link [en línea]. Disponible en: <http://www.perfil.com/ediciones/2012/6/edicion_682/contenidos/noticia_0023.html> [Consulta: 20-01-2015].
- VERÓN, Eliseo (2012b), "La mediatización, ayer y hoy", en *Las políticas de los internautas. Nuevas formas de participación*, Buenos Aires, La Crujía.
- WINOCUR, Rosalía (2011), "Etnografía de un proceso de reconstrucción biográfica en Internet", *Etnografías Contemporáneas*, n.º 5, Buenos Aires, Unsam Edita, pp. 165-175.